

**“Roman constructions, readings
in postmodern latin”, por Don Fowler.**

OUP, 2000, 350 págs.

Reseña: Leonor Silvestri

Don Fowler es el encargado de decirnos en *Roman Constructions, Readings in Postmodern Latin* (OUP, 2000) que Papá Noel no existe. Posiblemente porque estaba enfermo con un cáncer que lo llevaría a la muerte y porque éste fue su último libro, extrema sus posiciones con respecto a la literatura clásica y a la labor del crítico literario.

210 211

El texto necesita un lector familiarizado con la literatura clásica, pero asimismo brinda una herramienta invaluable sobre cómo trabajar de manera intertextual. Fowler predica con el ejemplo, puesto que pone en práctica cómo utilizar los conceptos que expone a través del trabajo con un rango vasto de autores, haciendo dialogar a Ovidio, por ejemplo, con piezas teatrales de vanguardia que pudo presenciar. La información bibliográfica aporta datos sobre autores teóricos especializados en la antigüedad clásica y en teoría literaria.

En la introducción, posiciona al artificio de la ironía como un modo de lectura y no de escritura, revitalizando la importancia de la decisión a la hora de cómo leer un texto. En la sección I trabaja la focalización y el punto de vista desde una postura política porque considera que nada es más político que la cuestión sobre de quién es el punto de vista que la lengua encarna. Allí se encuentra un análisis sobre la *ekphrasis* donde Fowler insiste en la línea que afirma que la narración continúa a través de la descripción. El apartado II intenta renovar la práctica intertextual que en ámbitos como el de la literatura clásica, ha estado teniendo una tendencia mecánica. La sección III da un giro al concepto anterior de intertextualidad, dialogando con el historicismo, o sea intertextualidad sobre materias no convencionales como inscripciones. Fowler propone una clase teórico-práctica, partiendo de los textos clásicos latinos y griegos para ir de atrás para adelante y de adelante para atrás y demostrar que la intertextualidad es multidireccional y que estas temáticas giran en torno del punto de vista que tomemos para construir la realidad, eje que sirve para re-pensar la labor crítica a la luz de las posturas y los textos modernos.

El discutible concepto de que la intertextualidad está localizada dentro de la práctica de lectura y no en un sistema textual –porque se da cuenta de la interpretación y del significado en la instancia de la recepción–, es repetido como un *tantra* a lo largo del libro, para que no queden dudas de que el intertexto depende del lector y que la lectura activa ocupa un lugar creativo ya que es una actividad que crea significado. Fowler considera que la intertextualidad es una propiedad del lenguaje, no de la literatura; es la manera en la que un texto significa, una característica central humana puesto que sólo podemos hablar y pensar en lenguaje. El autor afirma que los significados son construidos y esas construcciones no son parte de una búsqueda desinteresada de la verdad acerca del pasado sino de un

diálogo con contemporáneos porque nada es más ideológico que lo que notamos y decimos acerca de ello. La toma de posición en la labor crítica es crucial porque tenemos que ser responsables por las lecturas que ofrecemos. Por eso, lo que se ve está determinado por quienes somos.

Sin embargo, estas posturas son peligrosas: aunque Fowler se cuida siempre en dejar lugar para una lectura más –decir que no hay verdad y que todo es una construcción es también una verdad y una construcción en sí–. A diferencia del sofista griego, es difícil ver cuál es la medida de ese relativismo y el lector se siente parado en el aire, porque a veces hay un cierre aporético. De hecho, su afirmación de que “... meaning only exists within language and meaning can only exist if there is also the possibility of deceit and misunderstanding” (161), viola ostensiblemente el principio de la comunicación.

Finalmente, en el apartado IV, Fowler trabaja el cierre de los textos (*closure*), por eso aquí le dice adiós a todos sus amigos, humanizando una obra teórica que nos recuerda que más allá de las entregas, las fechas límites, los plazos y los compromisos académicos, somos personas, unidas por la pasión de lo que hacemos. Si aceptamos su idea de que la intertextualidad es una relación entre lecturas, nuestra disciplina es una relación entre personas que leen, principalmente. El crítico debe ser consciente de que la obra de arte es una construcción humana y de que su lectura es una manera de ver las cosas, que la literatura y el arte no existen para ser comprendidos o apreciados sino para ser discutidos porque funcionan como un foco de diálogo social donde el objeto de nuestra actividad crítica está simplemente proveyéndonos de estímulo. Don Fowler, más allá de todo, parece querer hacernos entender lo que él no perdió nunca de vista hasta el final: la importancia de la felicidad que significa leer y dialogar acerca de lo que uno lee. Esta es su modesta despedida, su página mejor.